

Caminantes cándidos

Que recuerde, la única vez que he tropezado y me he caído en una acera fue hace unos cinco o seis años en un lugar insólito: Cambridge, Mass. Caída además con consecuencias: desgarramiento de la camisa y contusiones que molestaron durante varios meses. Un accidente aparentemente inexplicable para un caraqueño que, horas antes de redactar estas líneas y en la mas grata compañía, recorría sin incidentes peligrosas aceras de Las Mercedes y El Rosal, urbanizaciones localizadas en nuestros municipios mejor administrados.

Una caminata desde el viejo CADA de Las Mercedes hasta el Centro Lido de para las experiencias más diversas: recorrer aceras donde sólo es posible caminar en fila india pero que rematan en amplios espacios yermos, evidentemente cedidos por los propietarios a cambio de mayores densidades constructivas pero carentes de actividad y de mobiliario urbano. Encontrar en la avenida Tamanaco, una zona tan valorada por los inversionistas inmobiliarios como parte de la llamada “milla de oro”, una serie de locales en abandono cuyos retiros de frente han sido invadidos por la basura y carros llevados por los parqueros de locales vecinos; y no sin razón, porque en la parcela de al lado es obligatorio caminar por la calle: los carros de los clientes ocupan -¿es necesario decir que abusivamente?- no sólo el retiro de frente sino también la acera sin que ninguna autoridad se dé por enterada. Y a cada tanto tropezar (no es metáfora) con una impactante novedad: como pareciera que algunas aceras no son bastante estrechas, a comerciantes y autoridades les ha dado por atravesarles unos paneles publicitarios de unos dos metros de altura por uno de ancho que generan un incómodo e injustificable efecto de embudo a la movilización peatonal; pero también debe tener un efecto de embudo psicológico: quizá lo aprecie el automovilista, pero el peatón no podrá sino maldecir al comerciante y a la Alcaldía que por vulgares razones crematísticas colocan ese innecesario obstáculo adicional en su trayecto.

Las realizaciones de Chacao a lo largo y en torno de la avenida Miranda, en cambio, son realmente dignas de elogio y deberían ser ejemplo a seguir por el resto de los municipios capitalinos. Lamentablemente no siempre es así: en la calle París de Las Mercedes, donde se construyen nuevas aceras, el panorama cambia y, aunque sustituyen antiguas pero no nobles ruinas, uno se pregunta si se trata de un gasto que ha valido la pena: aceras de escasos dos metros que, no habiéndose eliminado el estacionamiento en los retiros de frente, tienen dos y hasta tres rampas de acceso por parcela que reducen ese ancho a la mitad.

Está claro que los caminantes caraqueños no tropezamos en nuestras aceras porque, con tantos peligros que acechan, circulamos con todas las alarmas prendidas; pero cuando cándidamente llegamos a una ciudad donde se supone que aquellos no existen, la más leve imperfección del pavimento basta para mandarnos a tierra.